Historia del famoso
ladron y asesino

Madrid

[1894?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00042.10

Control Number: ADT-1618
OCLC Number : 29674189
Call Number : W 381.568 H629 v.2 HISFAL
Title : Historia del famoso ladron y asesino, Pedro Ramon Ciaram : sacada de los apuntes escritos por él mismo en la cárcel, y que forman parte de la causa original que se ha tenido la vista al hacerla.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 31 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Pedro Ramon Ciarám.
Note : Title vignette.
Subject : Ciarám y Muñoz, Pedro Ramon, 1817-1868.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/21/94
Camera Operator: AR

(CUATRO PLIEGOS.)



HISTORIA
DEL FAMOSO LADRON Y ASESINO,
PEDRO RAMON CIARAM.

Sacada de los apuntes escritos por él mismo en la cárcel, y que forman parte de la causa original que se ha tenido á la vista al hacerla.

MADRID.—Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

PEDRO RAMON CIARÁM.

CAPITULO I.

Nacimiento de Ciarám.—Su educacion.—Su casamiento.—Sus primeros pasos en la senda del crímen.

Pedro Ramon Ciarám y Muñoz nació en Jaraiz, provincia de Cáceres, el 18 de Enero de 1817. Fueron sus padres Ramon Ciarám, natural de dicho pueblo, y Salvadora Muñoz y Perez, natural de Madrid. A poco de haber nacido Pedro Ciarám lo trajeron sus padres á la córte, donde permaneció hasta la edad de ocho á nueve años, dedicándose al estudio de las primeras letras, que continuó despues en su pueblo, hasta que de nuevo regresó á Madrid, donde acabó el estudio de la gramática con los Padres Escolapios de San Antonio Abad. Increible parece que quien en tan buena escuela recibió su primera educacion, fuese más tarde tan terrible y espantoso criminal.

Cuando Pedro terminó sus estudios lo dedicaron al oficio de carpintero, y en buenos talleres de la villa y córte aprendió la carpintería y ebanistería, hasta llegar á ser uno de los mejores oficiales de su honrada profesion. Por aquel tiempo contrajo una enfermedad de pecho que le obligó á buscar descanso, y con este fin volvió nuevamente á Jaraiz, su pueblo natural, donde se avecindó definitivamente. En aquella época entabló relaciones amorosas con Gabriela Vicente Roda,

hija del cirujano titular de Casas de Belvis, pueblo de la misma provincia, y con ella celebró dos años despues su matrimonio, del que tuvo cuatro hijos.

Todo el mundo hubiera creido que Pedro Ciarám habia de ser un hombre de bien, á juzgar por sus antecedentes. Sus padres eran honrados, y su madre, que era profesora de primera enseñanza en Madrid, alcanzó por sus méritos que el rey D. Fernando VII le diera en propiedad la escuela que desempeñaba. La mujer de Ciarám era honrada tambien, y el mismo Pedro, por su educacion cristiana, por sus buenos modales y por la vida juiciosa que hacia, llegó á ser estimado de todas las personas de valer del pueblo y á merecer de ellas la más absoluta confianza.

Sin embargo, debajo de aquella apariencia de virtud, Pedro Ciarám encubria los sentimientos de un mónstruo execrable, capaz de los más horrendos crímenes; pero éstos sentimientos los disimulaba con la más refinada hipocresía y con la malicia más sutil. Ciarám era capaz de todo: lo mismo servia para falsificar documentos, que para robar solo ó en cuadrilla, ó para asesinar á traicion así á hombres como á débiles mujeres; mas cuando cometia estos crímenes sabia hacerlo de tal modo, que nunca se encontraba la prueba de ellos ni le resultaba la menor responsabilidad. Antes de llevar á cabo en Extremadura sus primeros delitos, procuró ganar reputacion de hombre honrado, siguiendo así el refran que dice: «Cria buena fama y échate á dormir;» y tan bueno era su comportamiento que cuando la guerra civil acaecida al empezar el reinado de doña Isabel II, Ciarám fué nombrado alférez de la compañía de voluntarios que se formó para defender el valle y vera de Plasencia. Más adelante, á la muerte de su suegro, se trasladó al pueblo de Belvis de Monroy y muchas veces fué nombrado representante de su vecindario en las juntas de partido, unas veces por el Ayuntamiento y otras por votacion general de los vecinos, y fué nombrado tambien en unas elecciones Alcalde de dicho pueblo, y no lo pudo ser por no llevar cinco años de vecindad como marcaba la ley.

Ciarám llegó á merecer tanta confianza que tambien en representacion del pueblo de Belvis de Monroy, fué con una comision á ver al ilustrísimo señor obispo de Plasencia, don

Bernardo Conde Correl, en queja de que las monjas de la Encarnacion se hubieran llevado como suya la imágen del santísimo Cristo de la Victoria, que era de la parroquia de dicho pueblo, y el señor obispo le concedió, por apaciguar estas cuestiones, un santísimo Cristo del Perdon y una vírgen del Mayor Dolor, que Su Ilustrísima tenia en el oratorio de su palacio, y cuyas imágenes se veneran hoy dia en dicha parroquia.

Pero cuando Pedro Ciarám estaba ya considerado por todos sus convecinos como un hombre de bien, á quien todo se podia confiar, empezó á descubrir lo que en realidad era, y fué procesado por desacato á la autoridad, primero, y despues por una falsificacion de documentos que se descubrió en la hijuela y herencia de su mujer, falsificacion que tenia por objeto apoderarse de bienes que á aquella no le pertenecian.

Estos fueron los primeros pasos que en la senda del crímen dió quien estaba destinado á ser uno de los más grandes delincuentes de nuestros dias, como más adelante verá el curioso que leyere.

CAPITULO II

La caja del dinero.—La confianza en un bandido.—Un rico comerciante robado.—De cómo un ladron de habilidad se presenta en un mismo dia y á una misma hora en dos pueblos distintos.

La hipocresía con que Pedro Ramon Ciarám ejecutaba todos sus actos y la sagacidad y malicia con que preparaba los medios de burlar la accion de las leyes, buscando de antemano pruebas que desbarataban todos los cargos que resul-

taban contra él, hicieron que los tribunales de juscicia lo declararan inocente en las primeras causas que se le formaron, y que continuara mereciendo la confianza de las personas más importantes entre sus convecinos.

Por aquel tiempo habia concluido la guerra civil con el convenio de Vergara; pero las partidas sueltas de latro-facciosos eran innumerables en España, y no pocas se presentaron en la provincia de Cáceres, talando los campos, robando en los pueblos y secuestrando á las personas más ricas, por las cuales pedian despues fuertes cantidades, amenazando con dar muerte á estos rehenes si el dinero que pedian no se les entregaba inmediatamente. Pedro Ciarám tuvo en estas partidas un buen camarada, á quien se conocia con el apodo del *Tuno;* pero esto nadie absolutamente lo sabia, y Ciarám lo disimulaba de tal modo que muchas veces tuvo encargo de perseguir, como miliciano nacional que era, al Tuno que pertenecia á una partida de realistas. Cuando Ciarám recibia la órden de perseguir á su camarada, como sabia muy bien donde este se refugiaba con los suyos, lo que hacia era extraviar con falsas noticias á las tropas liberales, para que estas no pudieran apoderarse nunca del latro-faccioso á quien estaban persiguiendo.

Era tanta la confianza que Ciarám habia logrado merecer á los vecinos de Belvis de Monroy, que un dia, estando trabajando en su taller de carpintero, se presentó á él don Mateo Benito, rico propietario y comerciante con establecimiento abierto, y poseedor además de un capital en efectivo metálico de gran consideracion. Profesaba D. Mateo una amistad verdadera á Pedro Ciarám, porque lo tenia en concepto de hombre muy honrado, é iba á verlo para que con toda urgencia le hiciese una caja de madera de tamaño igual á las medidas que le dió, y que aunque pequeña debia ser muy fuerte en su hechura y gruesos. Esta caja debia construirse con el más profundo secreto, y Ciarám quedó en llevársela á D. Mateo de noche y á una hora avanzada, en todo lo cual quedaron convenidos. Pedro Ciarám puso en seguida manos á la obra, sin dejar de pensar en el objeto para que aquella caja seria destinada. El misterio con que D. Mateo le habia encargado la obra que estaba ejecutando y las precauciones con que debia entregarla tan luego como estuviera

concluida, habian llamado grandemente su atencion, y á fuerza de cavilar entró en sospechas muy acertadas de cuál seria el verdadero uso que haria de su caja D. Mateo Benito.

Dos dias despues esta caja estaba acabada con todas las condiciones de solidez que podian desearse, y á las doce de la noche, cuando en el pueblo de Belvis no habia vecino que no estuviese durmiendo á pierna suelta, Ciarám salió sigilosamente de su casa y andando con muchas precauciones, para no ser descubierto por nadie, se deslizó hasta llegar á la casa de D. Mateo: allí se detuvo, llamó con el mayor cuidado, dando un golpecito muy lijero en la puerta, y el mismo don Mateo se apresuró á abrirle, con no menores precauciones para no dejar sentir ruido alguno. Cuando Ciarám entró, la puerta volvió á cerrarse, y siempre con profundo silencio lo condujo D. Mateo á la habitacion que le servia de escritorio: allí sacó y puso sobre la mesa otra cajita de iguales dimensiones á la que Pedro habia hecho, si bien mucho más endeble que esta, y antes de abrirla le dijo á Ciarám que lo que iba á pasar entre ellos no habia de saberlo nadie; que estaba satisfecho de su honradez y que le ofrecia la más completa confianza, de lo cual iba á darle una señalada prueba. Abrió en seguida la caja que habia sacado y Pedro Ciarám vió que estaba llena de cartuchos que por fuera parecian de monedas de media onza. D. Mateo invitó á Ciarám á que le ayudase á vaciar la caja y trasladar los productos á la que él habia construido; hiciéronlo así, y cuando concluyeron sujetó Pedro la tapa de la caja con unos tornillos, sin que por el pronto pudiera volver del asombro que la conducta de D. Mateo le causaba. Entonces le dijo éste que queria darle la direccion de un asunto delicado, porque él estaba loco de cavilar y no encontraba idea alguna que le agradase. Era el caso que la arquita que encerraba los cartuchos contenia un capital, pues todos aquellos paquetes eran efectivamente de metálico, y D. Mateo no sabiendo dónde esconder esta fortuna y creyendo á Ciarám un leal amigo, le participaba este secreto, dejándole la eleccion del sitio en que se debia ocultar para que estuviera más seguro.

Al oir esta declaracion Ciarám dió las gracias al comerciante por la confianza que le demostraba y por el buen concepto en que le tenia, y se negó á aceptar un encargo que era

para él de tanta responsabilidad, si por desgracia descubria alguien aquel tesoro y llegaba á perderse. Al mismo tiempo le dijo á D. Mateo que en vez de valerse de un extraño para tan delicado asunto, debia confiárselo á su sobrino, y entre los dos, sin que nadie lo supiera, que guardaran aquel dinero en el paraje que consideraran de mayor seguridad. El comerciante vió en esta contestacion toda la delicadeza del buen amigo y del hombre de cabal honradez, y le respondió: —Ciarám, ¿me dice V. que me valga de mi sobrino, que es tan hombre de bien como el primero? en mis sobrinos y en mi esposa tengo tambien toda confianza; pero en el caso presente no tengo ninguna por la causa siguiente: V. ve que nos hallamos rodeados de partidas de facciosos que invaden y talan los pueblos y las casas y que hasta se llevan á los indivíduos en rehenes de las cantidades que exijen. Mi sobrino, en quien tengo toda confianza en tiempos normales, no me ofrece en la ocasion presente ninguna, pues es muy timorato, como V. sabe, y si se llevaran preso en rehenes á cualquiera de la familia, daria ó haria dar y declararia dónde se hallaba este dinero. A mi sobrina ni la cojerán ni lo declarará, pues pienso que se ausente del pueblo conmigo si la faccion llega á aproximarse; pero pueden cojernos de manos á boca, y tiemblo en este caso por ella como por los demás. A prevencion, y con objeto de evitar una desgracia y de que se lleven en rehenes á alguno, dejo á disposicion de mi esposa una cantidad respetable; pero no quiero dejar este capital. Tal es mi resolucion; con que déjese V. de escrúpulos y vea en dónde y cómo hemos de colocar esto, viviendo V. seguro y satisfecho de que la fé de Mateo Benito nunca le faltará, aunque por desgracia despareciera esta fortuna del sitio en que la coloquemos, lo que creo no sucederá, pues la experiencia me ha hecho ver que es V. bastante previsor.

Oidas estas razones por Pedro Ramon Ciarám y vista la entera confianza que en él depositaba D. Mateo Benito, aparentó ceder de mala gana á los deseos que le habia manifestado, aunque interiormente se regocijaba mucho de ser el elegido para disponer el lugar en que habia de conservarse aquel tesoro. Así fué que le dijo á D. Mateo que por complacerle haria lo que tanto deseaba; pero fiando en que nunca le faltaria á la palabra que le daba, aunque sin testigos, de que

en ningun caso desconfiaria de él. Y dicho esto tomó la caja del dinero, no sin gran trabajo, pues pesaba mucho, y seguido de D. Mateo salió de la habitacion dirigiéndose á los corrales de la casa donde se detuvo con su pesada carga diciendo:—Si, desgraciadamente, los facciosos entran en el pueblo registrarán la casa de V. y puede que si no hallan todo lo que busquen no dejen piedra sobre piedra; pero aquí hay un sitio con el que no creo que puedan dar.

Y hablando así, dejó la caja en el suelo y tomando una palanqueta de hierro que en el corral habia, empezó á hacer grandes esfuerzos para levantar y hacer rodar una gran piedra de molino que en uno de los lados de la puerta de la cuadra servia de guardacanton. D. Mateo acudió á ayudar los esfuerzos de Ciarám y entre los dos hicieron rodar la piedra. En seguida Ciarám comenzó á hacer un hoyo, capaz de contener la caja del dinero, dejándola bien cubierta, y cuando hubo concluido esta faena, metió allí la caja, la tapó perfectamente y auxiliado de D. Mateo pusieron la piedra encima, que quedó como si nadie le hubiera tocado, y para alejar toda sospecha, Pedro Ciarám sacó de la cuadra un poco de estiércol que esparció por encima de la tierra removida.

D. Mateo le dió las gracias por estos cuidados, diciéndole que si tenia la desgracia de morir le dejaba el encargo de restituir aquel tesoro á su familia. Lo prometió así Ciarám y marchóse á su casa pensando en todo lo que en aquella noche habia ocurrido. Desde luego fué su intencion la de apoderarse del tesoro de D. Mateo Benito, pero sin responsabilidad alguna y aparentando que habia guardado fielmente el secreto que solo él y el comerciante conocian. Para lograr su intencion mandó un aviso al latro-faccioso llamado el *Tuno*, diciéndole que tenia que hablarle de un negocio importante. No tardó el Tuno en acudir á este llamamiento y Ciarám le dijo, que era preciso que acercara al pueblo su partida; que amenazara á las personas más acaudaladas, entre ellas á D. Benito, pues sabia que éste tenia en poder de su esposa una fuerte cantidad para librar de todo peligro á su familia, y que le proponia este negocio, en el cual deberian partir los productos. El Tuno no se hizo esperar, y bien pronto el pueblo de Belvis sintió en sus inmediaciones los efectos de la proximidad de la partida latro-facciosa. Don

Mateo, de acuerdo con lo que le habia dicho á Ciarám, se ausentó del pueblo con su sobrina, y se ausentó á tiempo, pues al dia siguiente de su salida el Tuno invadió el pueblo y esparció el espanto entre todos los habitantes de Belvís. Pero donde más robo y estrago causó fué en la casa de D. Mateo, á cuya esposa maltrataron cruelmente los de la partida, hasta que entregó la suma de cincuenta mil reales, que era la que tenia reservada para el caso de que le fuera preciso pagar un rescate. Los bandidos, no contentos con esta suma, se llevaron todo lo que de valor habia en la casa y unas caballerías que en la cuadra encontraron.

Cuando llegó la noche todo quedó tranquilo y en silencio, y ya habian dado las doce cuando Pedro Ciarám caminaba por el campo, con grandes precauciones para no ser visto, hácia el pueblo de Belvis. Venia de despedir al Tuno y de recibir de manos de éste la parte que le correspondia en el robo de la casa de D. Mateo. Pero Ciarám no se dirigió á su casa, sino que alejándose de este camino se fué hácia las tapias de los corrales del comerciante, que daban al campo, y por allí saltó, despues de asegurarse de que nadie le observaba, y penetró en el corral á donde en noches anteriores, habia escondido la cajita que guardaba el tesoro. Con no poco trabajo Ciarám desenterró esta caja, y sin cuidarse de tapar el sitio en que habia estado, se ocupó en abrirla; sacó los cartuchos de monedas de oro que contenia, se los guardó en sus bolsillos y arrojó la caja vacía en medio del corral, volviéndose á marchar en seguida, escalando otra vez las tapias por donde habia entrado Al otro dia, el destrozo que se advirtió en la puerta de la cuadra se creyó causado por los facciosos, y como D. Mateo no estaba en el pueblo nadie supo lo que allí habia ocurrido. En Pedro Ciarám era tanta la confianza que se tenia, que lejos de sospechar nadie de él, salió por órden de la autoridad con una partida de milicianos nacionales á perseguir al Tuno y á los demás latrofacciosos. Cuando D. Mateo volvió á Belvis de Monroy y supo que su tesoro habia sido robado nada sospechó de Ciarám, pues este habia mostrado tanto empeño en perseguir á los ladrones y le esplicó el suceso de tal modo, que acabó por considerarlo inocente.

El dia 15 de Setiembre del mismo año se celebraba en el

ayuntamiento de Belvis un juicio á nombre de los labradores de este pueblo, y Pedro Ciarám asistió á este acto en calidad de hombre bueno. Al firmar el acta del juicio advirtió que el secretario se habia equivocado al poner la fecha y que en vez de decir 15 *de Setiembre* decia 16 *de Setiembre*. Tan pronto como notó Ciarám esta equivocacion se guardó muy bien de hacerla constar; pero en seguida tuvo gran empeño en apresurar la conclusion del acto y en que todos firmasen y se recogiesen los papeles. Se hizo así, y Pedro Ciarám se retiró á su casa y á poco volvió á salir encargando á su mujer que dijese, si alguien preguntaba por él, que estaba algo malo y se habia echado en la cama. Despues salió del pueblo y se dirigió á la ermita de Santa Ana, donde le esperaba un hombre con dos caballos: ambos montaron y á todo correr se alejaron, huyendo el encuentro de toda persona por el camino. Cuando habian andado cuatro leguas, llegaron á un caserío donde les esperaban el Tuno y los de su partida. Pedro Ciarám tomó un caballo de refresco y acompañado del Tuno y de otros tres hombres, continuaron tan de prisa como era posible con direccion á Puebla Nueva. A la madrugada se encontraban en este punto, al cual habian ido por indicacion de Ciarám para robar una casa rica, cuyo dueño estaba en Belvís y habia asistido al juicio de la fecha equivocada. Ciarám conocia bien la casa, pues su dueño era amigo suyo y habia entrado en ella muchas veces. Llegaron, pues, y escalando las tapias de los corrales, entraron y forzaron la puerta que conducia á las habitaciones interiores. Al ruido se alborotó un perro que por la parte de adentro estaba de guardian; pero Ciarám sacó un largo cuchillo, que le acompañaba siempre en estas expediciones, y degolló al pobre animal que quedó tendido á sus piés. Sin embargo, la voz de alerta estaba dada, y no tardó en presentarse una mujer medio desnuda y con una luz, que acudia al alboroto causado por el perro. Pedro Ciarám reconoció á la criada de la casa, que era la única persona que allí habia, y ella tambien, con no poco asombro, reconoció á Ciarám á quien habia visto varias veces como amigo que era de su amo. La pobre mujer dejó la luz en una mesa y dirigiéndose á Pedro le preguntó qué le llevaba por allí á aquellas horas y por aquel sitio y cómo era que habia matado á su fiel perro, que á pocos pasos de ella

estaba bañado en su sangre. La contestacion de Ciarám fué acercarse de un salto á la mujer y decirle:—Lo mismo que el perro has de morir tú, que los muertos son los que no hablan; y tan terrible puñalada le asestó en el pecho que la infeliz criada cayó en tierra cadáver, sin decir ni una sola palabra.

Ciarám y los que le seguian penetraron en la casa, y Pedro se dirigió al sitio en que estaba el dinero, y allí mismo se lo repartieron entre todos, dando mayor parte á Ciarám por haber sido el que habia dirigido el *negocio.*

En seguida escaparon de allí antes de que amaneciera, y Ciarám volvió á su casa con la misma precipitacion con que de ella habia salido. Todo esto ocurrió en la madrugada del 16 *de Setiembre.* La justicia descubrió aquel mismo dia el crímen y se hicieron muchas prisiones de personas de mal vivir que en Puebla Nueva pasaban por sospechosas; pero los verdaderos criminales vivian tranquilos y sin que nadie se acordara de ellos. La causa pasó al juzgado de Talavera de la Reina, que era á donde correspondia, y siguió su curso sin que se lograra descubrir ni á uno solo de los autores del delito. Pedro Ciarám continuaba en Belvis de Monroy gozando de la confianza y de la estimacion de todo el mundo.

Un dia, por una cuestion de intereses, riñeron Ciarám y el Tuno, sin que por esto ninguno de los dos se atreviera á denunciar al otro, temerosos ambos del daño que á sí mismos se podian hacer entablando una delacion. Pero no se tardaron muchos dias sin que en el juzgado de Talavera de la Reina se recibiera una carta sin firma en la que se denunciaba á Pedro Ciarám como autor del robo y asesinato cometido, algun tiempo antes, en Puebla Nueva. Aunque esta denuncia venia hecha en un anónimo, el juzgado detuvo como sospechoso á Pedro Ciarám, que efectivamente fué conducido á la cárcel donde desde luego se le tomó declaracion. Negó Ciarám haber tenido participacion alguna en los delitos que se perseguian, haciendo constar su buena reputacion, y sabedor de que los delitos se habian consumado el dia 16 *de Setiembre*, dijo que se buscara en el archivo de Belvis de Monroy el acta de un juicio al que él habia asistido con aquella fecha: se hizo así, y en efecto resultó que Pedro Ciarám no

podia haber estado en Puebla Nueva el 16 *de Setiembre* cuando en este dia habia celebrado un juicio en Belvis de Monroy que está de aquel pueblo á diez y siete leguas de distancia. De modo que la equivocacion cometida por el secretario al escribir la fecha del juicio, que como se ha dicho ya, puso 16 *de Setiembre* en lugar de poner 15 *de Setiembre*, fué lo que salvó á Ciarám, quien desde luego habia confiado en que se salvaria, porque conocia esta equivocacion en la que no reparó nadie más que él.

CAPITULO III.

Pedro Ciarám se libra de un enemigo y empieza á trabajar por su sola cuenta. —Un robo y tres asesinatos que espantan á los vecinos de Belvis de Monroy.— La justicia no puede descubrir al asesino.

Adivinó Ciarám que la carta que lo habia denunciado al juzgado de Talavera habia sido escrita por el Tuno, en venganza de la riña que habian tenido los dos, y se propuso á su vez no dejar de la mano á este enemigo, que más ó ménos tarde le podia causar incalculables perjuicios. Cuando Ciarám tomaba por su cuenta uno de estos proyectos, era temible, porque sabia no precipitarse y con fria calma y salvando hipócritamente las apariencias, daba siempre sus golpes sobre seguro y sin comprometer su fama de hombre honrado, aunque ya empezaba á haber en el pueblo sus murmuraciones por las diferentes causas que se le habian seguido, aunque de todas ellas habia escapado bien.

Para hacer caer al Tuno en la traicion que le preparaba empezó por ocultar lo que ya sabia, esto es, que el Tuno ha-

bia sido su delator, y luego fué poco á poco fingiendo que olvidaba lo pasado y que estaba dispuesto á seguir como antes dándole participacion en todos los *negocios* que se fueran presentando. El Tuno, por el pronto, receló de Ciarám, porque como era él efectivamente quien habia mandado la denuncia sin firma al juez de Talavera, no tenia su conciencia tranquila; pero el tiempo fué pasando, Ciarám se le mostraba amigo invariable y verdadero, hasta el punto de proporcionarle algunos *negocillos* pequeños en los cuales no le exigió participacion, y todo esto acabó por borrar del Tuno hasta la más remota sospecha de que Ciarám fuese su enemigo. Cuando Ciarám comprendió que habia vuelto la confianza del Tuno, fingió que tenia que hacer un viaje urgente al pueblo de Jarandilla, y en efecto se ausentó; pero antes de marcharse se despidió del Tuno diciéndole que habia sabido que una parienta del alcalde de Belvis habia recibido una buena cantidad, que era preciso limpiarle; que él no podia detener su marcha, pero que iba á darle todas las instrucciones necesarias para que pudiera cometer el robo sin comprometerse, confiando en que á su vuelta le seria entregada la parte que le correspondiese. El Tuno le prometió que se portaria bien en el asunto y que le guardaria su parte; Ciarám aparentó que lo creia; le dijo cómo habia de verificar el robo, y al dia siguiente se marchó á Jarandilla donde dijo era esperado con urgencia.

Tres dias despues la parienta del alcalde de Belvis era robada por el Tuno; pero para desgracia de éste tuvo quien lo sorprendiera, y aunque no se le pudo coger, todo el mundo supo quién habia sido el autor de aquel delito. Se empezó á seguir la causa, y un dia las autoridades recibieron un aviso de Pedro Ciarám, que continuaba en Jarandilla, en el que les descubria el sitio en que el Tuno se refugiaba. Acudió allá la justicia, y encontró y puso preso al Tuno, á quien se le siguió causa por la cual fué condenado á presidio, sin que supiera nunca quién habia sido su delator, y agradecido por el contrario á Ciarám que no le reclamó nunca la parte que del robo le correspondia. El Tuno murió poco despues en presidio, y Ciarám se alegró mucho de esta muerte, porque conocia que el latro-faccioso habia llegado á ser para él un compañero temible.

No hay para qué decir que la delacion del Tuno le valió á Ciarám las felicitaciones de todo el pueblo, pues todos, amigos y no amigos, pregonaban que á Pedro Ciarám se debia que el pueblo de Belvis se viera al fin libre de aquel terrible criminal: hasta el alcalde, que no miraba á Pedro con buenos ojos, reconoció que por aquella vez habia prestado un excelente servicio. Ciarám, pues, consiguió todo lo que deseaba, á saber, deshacerse de un mal enemigo y acallar las murmuraciones del pueblo, recobrando toda su fama de hònrado y hombre de bien.

No pasó mucho tiempo sin que Pedro se aprovechara de estas buenas circunstancias, y pronto designó en su mente las que habian de ser sus nuevas víctimas.

Era el señor Vicario del pueblo de Belvis D. Manuel Perez Romero, y habitaba en su casa con su señora madre y una criada. La familia de Ciarám y la de su mujer habian tenido siempre buenas relaciones de amistad con la del señor Vicario, hasta el punto de que el padre político de Ciarám habia sido cuando estudiante mancebo en la casa del padre de D. Manuel Perez, y niño éste entonces, el suegro de Ciarám lo habia acallado y dormido en sus brazos muchas veces. Con el tiempo se habia hecho cada vez mayor esta amistad, y el señor Vicario era tan afecto á Ciarám que lo visitaba con frecuencia y se pasaba horas enteras con él viéndole trabajar en su carpintería, que era oficio que le gustaba mucho. Además, los dias de fiesta Pedro Ciarám se reunia con otros amigos en la casa del señor Vicario y allí jugaban por distraccion, á un juego lícito, sin más interés que un refresco, con el cual acababan estas reuniones que eran de amigos de toda confianza.

Parecia natural que todas estas circunstancias hicieran respetable para Ciarám al señor Vicario, á su familia y á su casa; pero no sucedió así, porque para la codicia de los bienes agenos y para los instintos criminales de Ciarám no habia nada ni nadie que mereciera consideracion y respeto. El señor Vicario no era hombre rico, pero sus amigos sabian que, gracias á sus cortos bienes, podia disponer de una regular cantidad si llegaba el caso de un apuro. No era esta cantidad capaz de tentar la avaricia de un hombre ambicioso, pero Ciarám no media nunca la importancia de lo que iba á

robar: con tal de apoderarse de lo ageno, aunque fuera á costa de la vida de sus semejantes, no reparaba si era mucho ó poco lo que iba á ser objeto de sus crímenes. Un domingo por la tarde, era el dia 14 de Noviembre, jugaba el señor Vicario con sus amigos, entre los cuales estaba Ciarám, y hubo de decirles que aquel mismo dia habia recibido cinco mil reales con encargo de remitirlos á la capital para hacer un pago. Y al hablar de los cinco mil reales el señor Vicario miró hácia un armario que habia en la habitacion, y Ciriám comprendió esta mirada, adivinando que en aquel armario estaba el dinero que al dia siguiente habia de remitirse á la capital de Cáceres. En aquel momento pasó por la imaginacion de Ciarám un mal pensamiento, que por desgracia del señor Vicario se vió ejecutado bien pronto.

Apenas habia anochecido, cuando Ciarám se levantó el primero de la tertulia, diciendo que se retiraba á su casa. Despidióse del señor Vicario, de su madre y de los demás amigos, y salió sin que la criada que estaba junto al hogar le acompañase, porque todavía estaba abierta la puerta de la calle. Sin embargo, Ciarám permaneció dentro de la casa, y cuando todos le hubieran creido ya en la suya, rodeado de su mujer y de sus hijos, él permanecia escondido en una habitacion escusada del señor Vicario, en la que muy rara vez entraba éste ó alguna de las personas de su familia. Las horas fueron pasando y poco á poco las visitas del señor Vicario se retiraron á sus casas: D. Manuel Perez Romero, su señora madre y la criada se recogieron en sus habitaciones y se acostaron. La casa quedó en absoluto silencio y completa oscuridad, y en el pueblo reinaba la misma calma, interrumpida á veces por los pasos de una patrulla que rondaba de noche, velando por la seguridad de los vecinos.

Pedro Ciarám continuaba, no obstante, dentro de la casa del señor Vicario; pero esto nadie lo sabia y ni el ruido más leve demostró en dicho sitio la presencia de una persona extraña. Solamente allá á la madrugada y cuando en la calle no habia ser viviente alguno, el que hubiera estado observando habria sentido que la puerta de la casa del señor Vicario se abria con el mayor sigilo dando paso á un hombre que apareció cubierto de sangre, con los vestidos en desórden y la cara descompuesta como si estuviera espantado de sí

mismo. Este hombre registró la calle con su mirada, temeroso de que le sorprendieran, y viéndose solo, salió, cerró con llave la puerta de la casa, arrojó esta llave dentro de la casa misma por una ventana que tenia un postigo entornado, y siempre procurando no ser descubierto, se alejó de aquel sitio perdiéndose en las sombras de la noche. Aquel hombre misterioso era Pedro Ciarám, que consiguió llegar, y entrar en su casa sin que nadie le hubiera visto. ¿Qué habia pasado en la casa del señor Vicario de Belvis durante aquella tenebrosa noche? Solo Dios lo sabia: Pedro Ciarám habia *trabajado* solo, como él mismo decia, y habia *trabajado* por su sola cuenta. Sin embargo, los hombres no debian tardar mucho en conocer el misterio que hasta entonces estaba todo el mundo muy lejos de sospechar.

A la mañana siguiente el señor Vicario debia decir misa en la parroquia, como todos los dias. A la hora de costumbre el sacristan tocó á misa, encendió las velas y puso el misal en el altar mayor, pero el señor Vicario no parecia. Los fieles acudieron á la iglesia, y la campana dió el último toque; pero todo en vano, el señor Vicario no se presentaba. Extrañando cada vez más esta tardanza, el sacristan mandó á un monaguillo á la casa del señor Vicario para saber si estaba enfermo ó cuál era la causa que le detenia: el muchacho hizo lo que le mandaron; fué á la casa de D. Manuel Perez, aporreó la puerta grandemente, y al cabo se volvió á la iglesia sin haber recibido contestacion. Esto alarmó al sacristan, que anunció á los fieles impacientes ya lo que ocurria, y él mismo se dirigió á la casa del señor Vicario. Sus esfuerzos no dieron mejor resultado que los del monaguillo; pero la alarma habia cundido ya por todo el pueblo con lo que el sacristan habia dicho en la iglesia, y las gentes acudian en tropel á la casa de D. Manuel Perez para saber lo que habia sucedido.

Entre estas gentes se presentó Pedro Ciarám no menos solícito y deseoso de averiguar si á su amigo el Sr. Vicario le habia sobrevenido alguna desgracia. La puerta entre tanto permanecia cerrada, y aunque sobre ella se descargaban contínuos golpes, nadie daba por dentro señales de vida. Entonces Ciarám fué en persona á dar cuenta al Alcalde de lo que estaba ocurriendo, y el Alcalde acudió inmediatamente

con él para tomar una providencia en aquel tan extraño caso. La providencia que la autoridad dictó fué que, en vista de que nadie contestaba y de que el Sr. Vicario no habia asistido á la iglesia, contra su costumbre, era necesario forzar la puerta para averiguar la causa del silencio que con razon preocupaba á todos los vecinos. Diez minutos despues un herrero de Belvis abria violentamente la casa del señor Vicario, y en seguida el Alcalde, el Secretario del Ayuntamiento, Ciarám y otras personas penetraban en la casa, despues de haber puesto en la calle una guardia de milicianos nacionales para que impidiera el paso al pueblo que se iba aglomerando.

Los individuos que entraron en la casa de D. Manuel Perez Romero quedaron al punto mudos de espanto. En cada una de las habitaciones que franqueaban les esperaba una sorpresa mayor y un espectáculo más sangriento y terrible. En el hogar, y próxima al sitio en que la lumbre habia estado encendida, se hallaba la criada tendida en el suelo, sin más ropa que la camisa, y á su lado habia un candil y el hacha de la cocina. La pobre mujer tenia la cabeza abierta como una granada; los sesos salian por la tremenda herida, las paredes, las sillas y el pavimento se veian manchados de su sangre. Fácil era adivinar que la infeliz mujer habria sentido durante la noche algun ruido extraño que la habia obligado á saltar de la cama para averiguar de dónde salia: hubo sin duda de encender la luz del candil y con ella salir á la cocina, donde le esperaba tan repentina y desastrosa muerte. ¿Quién la habia matado? Hé aquí lo que por el pronto era imposible saber. El Alcalde y los que le acompañaban pasaron á otra habitacion: era la alcoba de la madre del Sr. Vicario. A la pobre anciana no le habia tocado mejor suerte. Estaba en su lecho, si es que lecho puede llamarse á una laguna de sangre: la reconocieron escrupulosamente, y vieron que tenia tres anchas heridas en el pecho, por una de las cuales debian haberle partido el corazon. Faltaba una sola pieza que registrar, y esta era la del señor Vicario: impresionados por el exámen de lo que ya habian visto, los que estaban en la casa se extremecieron de solo pensar lo que podia haber detrás de la puerta á donde habian llegado. Por fin, pasaron adelante, y en efecto, la ha-

bitacion del Sr. Vicario ofrecia un cuadro horroroso. El buen señor, ó habia abandonado su cama para defenderse, ó le habian sacado de ella arrastrando: lo cierto es que su tronco estaba en el suelo cubierto de sangre y separado completamente de la cabeza. Esta la habian arrojado sobre la cama, que estaba tambien llena de sangre, y conservaba los ojos desmesuradamente abiertos, como si lleno de asombro y de horror contemplara á su asesino. Todos los que allí habian entrado se extremecieron ante aquella cabeza cuyos ojos parecia que se fijaban en cada uno de los circunstantes. El único que permaneció impasible fué Pedro Ciarám, aunque fué el primero á demostrar un intenso dolor por la desgracia del Sr. Vicario y de su querida y virtuosa familia. Como la amistad de Ciarám con D. Manuel Perez era tan pública y conocida, todos vieron como la cosa más natural del mundo las manifestaciones del dolor de Pedro. Por último, despues de haber examinado cuidadosamente á los cadáveres, se hizo el registro de los muebles y todo se encontró intacto, excepto los cajones de la mesa del Sr. Vicario y un armario que habia cerca de su sillon. Las cerraduras de estos dos muebles estaban violentadas; los papeles rodaban por el suelo, y no se encontró en toda la casa ni un solo real. Era, pues, evidente que las muertes se habian realizado por un ladron que se habia llevado todo el dinero. Entonces recordó Ciarám que en la tarde del dia anterior habia dicho el Sr. Vicario á los amigos que se habian reunido en la tertulia de los dias de fiesta, que habia recibido 5.000 reales para hacer un pago en la capital. Al oir estos informes ya nadie dudó de cuál fuera el orígen de la siniestra catástrofe que estaban presenciando.

El Alcalde mandó inmediatamente un parte al Sr. Juez del distrito, y en el acto se empezaron á hacer indagaciones. Los primeros á declarar fueron los hombres que habian estado de patrulla durante la noche anterior, y éstos dijeron que, no solo habian pasado varias veces por delante de la casa del Sr. Vicario, sino que se habian parado á la puerta de ella y allí habian estado sentados un buen rato; pero que no habian oido voces ni ruido alguno que despertara en ellos la menor sospecha. El Sr. Vicario era con justicia muy querido en el pueblo, y todos los vecinos se brindaban para

ayudar á descubrir al ladron ó ladrones que habian dado fin de tan honrada y bondadosa familia; pero de estos ofrecimientos, los más reiterados y vehementes eran los de Ciarám.

En aquel mismo dia, que era ya el 15 de Noviembre, la autoridad organizó cuatro partidas de milicianos nacionales para que salieran á perseguir á los asesinos, registrando los molinos de las cercanías, los secaderos de pimiento, las chochas y escabrosidades que abundan por aquella jurisdiccion, y á Pedro Ciarám le fué confiado el mando de una de estas partidas, como á hombre de confianza, de honradez y de los más interesados en el asunto por la amistad que habia tenido con el Sr. Vicario y su familia. Todo el dia se empleó en ejecutar este servicio: el Alcalde mientras tanto y el Comandante de la Milicia nacional hicieron en el pueblo varios reconocimientos; pero unos y otros trabajaron inútilmente: los crímenes se habian cometido sin que los criminales dejaran rastro alguno de sus personas.

Al dia siguiente, 16 del referido mes, el Alcalde mandó llamar al Comandante de la Milicia y á Pedro Ciarám, y cuando estuvieron reunidos, les encargó secreta y particularmente que vigilaran á ciertas personas observándolas en todos sus pasos, y hasta les recomendó que se informasen de sus conversaciones si podian. Por término de cuatro dias lo estuvieron haciendo así, cuando de repente recibieron órden del Alcalde para que suspendieran aquellas pesquisas y fueran á registrar en la noche del 21 la ermita de Santa Ana, sita extramuros del pueblo y el convento de la Magdalena, que dista media legua de él. Se daba esta comision á Ciarám y al Comandante por la confianza que los dos inspiraban á la justicia; pero desgraciadamente todo cuanto se hizo fué en vano, pues los reconocimientos y las averiguaciones, así del Comandante como de Ciarám, no dieron tampoco resultado por esta vez.

El pueblo continuaba espantado de aquellos crímenes, y como nada de cierto se averiguaba, habia mil murmuraciones de las que no salian bien librados los hombres de malas costumbres y aquellos que ya por otras causas habian sido procesados ó habian estado en presidio; pero nadie, absolutamente nadie, sospechaba de Ciarám.

Sin embargo, quince dias despues de haberse cometido los crímenes, esto es, el 29 de Noviembre, el Alcalde dispuso que fueran presos como sospechosos el Comandante de la Milicia, el cirujano titular del pueblo y Pedro Ciarám, los cuales fueron procesados, como era consiguiente; pero nada pudo averiguarse que les comprometiera: en esta causa declaró la lavandera de Ciarám, y dijo que no habia lavado ropa alguna de éste que estuviera manchada de sangre, ni tampoco habia lavado más ropa que la que de ordinario le daba todas las semanas. Esta declaracion y otras no ménos favorables, y las negativas absolutas de Ciarám, dieron por resultado que la Audiencia lo declarara absuelto de la instancia y lo dejara volver á su casa, así como á los otros individuos que siendo inocentes, habian estado presos con él.

De esta suerte escapó de manos de la justicia el autor de los tremendos crímenes que dejamos narrados; pero la justicia de Dios, que no descansa ni se equivoca, tenia reservada otra ocasion para poner de manifiesto á los ojos de los hombres de todo lo que era capaz el corazon de tigre de Pedro Ciarám.

CAPITULO IV.

La preparacion de un nuevo crímen.—El modo de ejecutarle.—Prueba Ciarám su inocencia.—De cómo se descubrió el delito de Ciarám

Vuelto Ciarám á su casa no hizo por el pronto alteracion alguna en sus costumbres, y con toda la malicia que le dis-

tinguia, lo que procuró fué demostrar que le habian tenido preso y encausado por ódios políticos del Alcalde, que pertenecia á un partido contrario al suyo. Sin embargo, por aquella vez, aunque no habia resultado prueba alguna contra Ciarám, todo el mundo desconfiaba de este hombre, y en la conciencia de cada cual habia una sospecha indestructible de que él habia sido el ladron y el asesino del Sr. Vicario y su familia.

Ciarám conoció bien pronto la prevencion con que se le miraba; pero fingió no haberlo advertido y se dedicó con más ardor y constancia que nunca á sus trabajos de carpintería, para reponerse, segun decia, de los atrasos y perjuicios que con el proceso le habian ocasionado. Así pasaron algunos meses, y como las gentes siguieran mirándole de reojo, fingió haber recibido aviso de un antiguo maestro suyo de Madrid, que lo mandaba llamar por ser mucho y muy delicado y provechoso el trabajo de ebanistería que habia entonces en la córte. Con este pretexto se ausentó Ciarám de Belvis, y fué á Madrid efectivamente, donde se propuso estar el tiempo necesario para conseguir que se olvidaran los asesinatos de la casa de D. Manuel Perez Romero.

Pasado algun tiempo Ciarám volvió á su casa de Belvis; pero ni la ausencia bastó á borrar las sospechas y el horror que le habian cobrado las gentes buenas del pueblo, y esto no pudo menos de exasperarlo terriblemente, porque él necesitaba para seguir haciendo sus hazañas gozar de buen concepto y pública estimacion. Viendo que esto no era posible, buscó trabajo fuera del pueblo de Belvis, y en diferentes ocasiones salió á los caseríos y á las poblaciones inmediatas á trabajar. Ciarám viéndose como despreciado de sus antiguos amigos, buscó otros nuevos entre hombres de dudosa conducta, aunque procurando que no se supieran tales relaciones, y valido de estas amistades continuó dirigiendo y realizando otros robos que seria muy prolijo relatar y que no tuvieron tanto interés ni tanta importancia como los que ya conoce el lector y el que aun nos queda por referir.

Andando el tiempo Ciarám trasladó su residencia al pueblo de Almaráz, que es de la provincia de Cáceres, y allí vivió con su familia, estando tambien en el mismo pueblo su hija que ya se habia casado. Tenia Pedro Almaráz por ami-

gos á hombres muy sospechosos, pero sin tener en la apariencia con ellos ni la menor intimidad. Los años habian hecho de Ciarám un hombre maduro, pues habia llegado el de 1867, y por lo tanto habia cumplido los cincuenta; y esto no obstante sus instintos depravados eran cada vez peores. Habia llegado la tarde del 14 de Noviembre de dicho año: y aquí advierta el lector que el 14 de Noviembre parecia ser una fecha fatal para Ciarám, pues en ese mismo dia habian ocurrido los asesinatos y el robo de la casa del señor Vicario de Belvis. Habia llegado, como deciamos, el 14 de Noviembre de 1867, y en la tarde de este dia la mujer de Ciarám salió por las calles de Almaraz llorando y refiriendo á todas las personas conocidas que su marido estaba muy enfermo y que creia que su vida estaba en gran peligro. Casi de puerta en puerta iba preguntando por el médico, á quien al cabo encontró, pero despues que ya se sabia en todo el pueblo el triste estado en que se hallaba Ciarám. El médico acudió á ver al enfermo, y dijo que efectivamente tenia una calentura grave, que no se sabia de qué enfermedad podia ser precursora. Le recetó una medicina y se retiró prometiendo que volveria antes de recojerse aquella noche. La mujer de Ciarám fué inmediatamente á la botica y trajo á su casa la medicina, que Pedro no tomó. A las ocho de la noche volvió el médico; dijo que continuaba el mismo estado de gravedad; que siguiera tomando la bebida que le habia recetado, y que muy de mañana volveria al dia siguiente. Tan pronto como el médico se marchó, Ciarám que hasta entonces habia parecido hecho un tronco ó habia estado con el delirio de la calentura, se sentó en su cama, pidió á su mujer una bebida que él mismo habia compuesto de antemano, la bebió y se levantó en seguida, vistiéndose como si toda enfermedad hubiera desaparecido. Inmediatamente mandó á su mujer que con el mayor secreto fuera á la casa de su yerno Juan Gomez; que le pidiese á este, prestado por aquella noche, un burro que tenia, y se lo trajese por el campo y lo entrara por la puerta del corral para que de nadie pudiese ser visto. Todo esto hizo la mujer de Ciarám como se le mandaba, y media hora despues el burro estaba dispuesto para lo que Pedro quisiera hacer. Sin perder tiempo, Ciarám dió órden á su hijo Eduardo de que le siguiese, y unos momentos despues el

que en la cama habia parecido enfermo y en peligro de muerte, salia al campo montado en un burro y acompañado de su hijo. A pocos pasos de la salida de Almaráz encontraron estos dos hombres á Manuel, José y Cástor Hernandez, á Nicolás Ramos y á Martin García. Reunidos todos ellos se dirigieron hácia el portazgo de Almaráz, que está de allí á corta distancia. Por el camino les dijo Pedro Ciarám de lo que se trataba y dispuso cómo se habian de hacer las cosas. Era el caso que Ciarám habia tenido aviso de que en la casa administracion del pontazgo de Almaráz habia una suma que podria ascender á unos once mil reales, y se propuso robar esta cantidad. Este proyecto ofrecia grandes dificultades, porque en aquella casa habia un administrador, que era don Antonio Montesinos; su esposa, que se hallaba en cinta; una niña de este matrimonio, una criada, y Manuel Grande, mozo de barrera del pontazgo. Eran, pues, cinco personas, que unas defendiéndose, otras pidiendo auxilio, podian poner en grave apuro al que intentase dar un golpe de mano. Por esto Ciarám habia buscado un número de compañeros suficiente para vencer por mucha que fuera la resistencia que se le opusiese. Llegaron, pues, al pontazgo y todo salió como Ciarám lo habia previsto y como dispuso que se hiciese, porque los demás criminales reconocian en él cierta superioridad que les obligaba á ser sumisos á sus órdenes. Solo Eduardo Ciarám, el hijo de Pedro, muchacho de diez y siete á veinte años, se dice que cuando supo de lo que se trataba quiso volverse; pero su padre le mandó que continuara, amenazándole si se volvia atrás, y el hijo continuó.

Llegaron todos al pontazgo entre nueve y diez de la noche, y Pedro Ciarám se adelantó montado en su burro, fingiendo que iba á pasar el puente de Almaráz. El mozo de barrera, Manuel Grande, abrió la puerta de la casa-administracion y salió á cobrar el paso del burro: Ciarám se detuvo esperándole y sacó una moneda para pagar. El mozo se acercó y tomó la moneda, pero en el acto cayó Ciarám sobre él y rodeándole el cuerpo con una cuerda de cáñamo lo dejó fuertemente atado y sin movimiento. El mozo gritó, y á sus primeras voces le taparon la boca con un pañuelo; pero la alarma estaba ya producida cuando los ladrones entraron en la casa.

El administrador D. Antonio Montesinos trató de defenderse, y los bandidos se arrojaron sobre él destrozándole á puñaladas hasta que cayó al suelo sin vida. La criada, al oir el tumulto, escapó con la niña que estaba á su cuidado, á una cocina que habia en el piso alto y allí se escondió, debiéndose á esta circunstancia la vida de aquellas dos personas, la esposa de D. Antonio Montesinos se presentó pidiendo compasion, y Ciarám la dió una horrible puñalada de la que cayó en tierra, aunque sin morir de esta herida.

Nada respetó este feroz bandido, ni el estado de aquella pobre señora, que al mes siguiente debia dar á luz una criatura. Manuel Grande fué arrastrado al interior de la casa y allí murió como su amo cosido á puñaladas, porque los ladrones no querian que sobreviviera persona alguna que pudiera delatarlos. Despues de haber llevado á cabo estas muertes, Ciarám se apoderó del dinero que iba buscando; de los demás ladrones tomó cada uno lo que le pareció, y salieron inmediatamente para ponerse fuera pronto de todo peligro. Ciarám se daba tal prisa á huir que dejó en el portal de la casa su puñal y su sombrero, que era color de pizarra: ya estaba montado en su burro cuando se le acercó Manuel Hernandez, uno de los bandidos, y le entregó un secreto que tambien contenia dinero, al mismo tiempo que le dijo señalando á la esposa del administrador que permanecia viva:— ¿Y de esa mujer, qué hacemos?—Mírate la cara,—le contestó Ciarám,—tú, como todos, estás descubierto, y es preciso que con todos concluyamos. Manuel Hernandez no se hizo repetir la órden; avanzó hasta llegar á la infeliz señora y le hundió la navaja hasta el mango en el pecho. La señora dió un gemido y espiró; y con ella moria tambien el hijo que llevaba en sus entrañas.

En seguida los ladrones se pusieron en fuga; pero la Providencia hizo que apareciese una pareja de la Guardia civil, que les mandó detenerse: á esta órden todos huyeron despavoridos, y la pareja se vió obligada á hacer fuego sobre los criminales: éstos, sin embargo, continuaron su huida y á la desbandada desaparecieron en las sombras de la noche, sin que fuera posible perseguirlos. Cuando la Guardia se informó de los crímenes cometidos en la casa del pontazgo, por lo que en ella vió y por lo que le refirieron la criada y la ni-

ña, los bandidos estaban ya fuera del alcance de toda pesquisa. La pobre niña se deshacia en llanto besando los frios cadáveres de los autores de su existencia.

Ahora debemos hacer presente que la Guardia civil no habia sido tan desafortunada como ella misma suponia, pues uno de los guardias, al descargar su carabina hirió en una pierna al bandido José Hernandez, el cual creyéndose siempre perseguido, desistió de volver á Almaraz y se dirigió á los montes de Toledo. Sus dos hermanos, Manuel y Cástor, Nicolás Ramos, Martin García, Pedro y Eduardo Ciarám, todos por distintos caminos volvieron al pueblo, y por el pronto nadie les acusó de los horrendos crímenes que en el pontazgo se habian cometido, y que tenian escandalizado á todo el mundo.

A la mañana siguiente, Pedro Ciarám fué visitado por el médico, y éste le encontró con tanta ó más calentura que la víspera: volvió, pues, á recetarle, y la mujer de Ciarám fué á la botica por la medicina, refiriendo como en el dia anterior á cuantas personas encontraba, el mal estado en que seguia Ciarám. Bueno es que el lector sepa que Ciarám conocia una yerba con la cual se producia estas calenturas cuando lo tenia por conveniente; y conocia tambien el secreto para ponerse bueno, cuando no necesitaba aparentar un mal estado de salud.

Así corrieron los dias: Ciarám distribuyó á cada uno de sus cómplices en el robo del pontazgo la parte que le correspondia, excepto á José Hernandez, que continuaba fugitivo en los montes de Toledo, y sin que nadie supiera de él. Los crímenes descubiertos en el pontazgo dieron lugar á la formacion del correspondiente proceso; pero nadie sospechaba que el principal autor de aquellos delitos fuera Pedro Ciarám. Acosado por el hambre y por los sufrimientos de su herida, José Hernandez cayó un dia en poder de la Guardia civil, y éste fué quien delató á todos los comprometidos en los asesinatos del pontazgo de Almaráz. El dia 17 de Diciembre, más de un mes despues de pasados los sucesos que hemos referido, Ciarám fué preso en su casa hallándose enfermo, ó mejor dicho, convaleciente de la enfermedad que acababa de sufrir; y con él fué tambien preso su hijo Eduardo. Pedro Ciarám negó haber tenido participacion alguna en

los crímenes de que se le acusaba, y tuvo el mal corazon de declarar que aquellos crímenes podian haberlos perpetrado su hijo Eduardo, Nicolás Ramos, Martin García y Manuel Hernandez, y en prueba de su inocencia alegó hallarse gravemente enfermo el dia 14 de Noviembre en que el robo y los asesinatos se cometieron, como de ello podia certificar el médico que le habia asistido.

Despues de haber prestado esta declaracion, sufrió un careo con su yerno Juan Gomez, complicado en la causa por ser dueño del burro que montaba Ciarám, y Juan Gomez pidió á su suegro con lágrimas en los ojos que declarase la verdad siquiera por su hija que de todo era inocente. Ciarám entonces pidió tiempo para reflexionar, y despues, en una nueva declaracion, dijo toda la verdad de lo ocurrido en la triste noche del 14 de Noviembre de 1867.

CAPITULO V.

Pedro Ciaram y consortes procesados.—La corrida de toros.—La sentencia y la revolucion.

Ciarám y todos sus compañeros fueron conducidos á la cárcel de la capital de Cáceres, en cuya Audiencia se seguia el proceso

En dicha cárcel escribió Ciarám su vida, que nosotros hemos visto, en la cual procura todavía presentarse á la consideracion de los hombres como temeroso de Dios y amante de su prójimo y como inocente deodos los crímenes que se le han imputado. Pero ese manuscrito solo sirve para demos-

trar más y más la hipocresía de aquella alma negra que no se espantaba ni se extremecia ante sus horrorosos crímenes.

La causa seguia su curso natural, y el fiscal pidió en ella la pena de muerte para Ciarám y sus compañeros, sin exceptuar más que á su hijo Eduardo, el cual por haber ido al crímen por órden de su padre, y por haber rehusado seguir adelante cuando supo de lo que se trataba, aunque bajo las amenazas de Pedro continuó, fué sentenciado solamente á cadena perpétua.

El abogado defensor de Ciarám puso gran empeño en librar del patíbulo á su defendido; pero al fin se supo que la Sala de la Audiencia lo sentenciaba á sufrir con sus cinco compañeros la pena capital.

Por entonces habia en la cárcel de Cáceres otro reo de consideracion, cuyo crímen, que tambien era de homicidio, habia sido anteriormente perpetrado en el pueblo llamado Sierra de Fuentes, que dista dos leguas de la villa de Cáceres citada. Dicho reo se llamaba Antonio Maestre, y tambien fué definitivamente sentenciado á sufrir la pena de garrote vil. Estaba ya muy avanzado el verano de 1868 cuando se señaló el dia de la ejecucion de esta pena. Llegó este dia fatal; se leyó la terrible sentencia á Antonio Maestre, y en el acto fué puesto en capilla dentro de la misma cárcel.

Parecia natural que este triste acontecimiento, que tenia consternado á todo un pueblo, causara la más profunda sensacion en Pedro Ciarám y sus cinco compañeros que se hallaban en vísperas de sufrir la misma desdichada suerte que á Antonio Maestre le aguardaba; pues bien, lejos de ser así, aquellos seis hombres, aquellos seis desalmados, cuando en el tenebroso fondo de la capilla gemia un desdichado, disponiéndose á recibir el castigo de su enorme crímen, pintaron un gran *cartel de toros*, que apareció colgado en las ventanas de los calabozos altos de la cárcel en que estaban; cartel que nosotros vamos á reproducir para demostrar que Ciarám no temia ni á la justicia de los hombres ni á la justicia de Dios, sino que por el contrario, cuando veia que ya era inútil todo fingimiento hacia alardes espantosos é increibles de su horrenda maldad.

El *cartel de los toros* decia así:



PLAZA DE TOROS DE CÁCERES.

Grandes corridas que se verificarán por la mañana, si el tiempo lo permite, (y si no lo permite).

En la primera corrida se lidiará un bicho bravo, llamado *Antonio Maestre*, de la acreditada ganadería de

SIERRA DE FUENTES.

En la segunda corrida, que será completa, se jugarán los cinco bichos de primera, conocidos con los nombres de *Pedro Ciarám, José y Cástor Hernandez, Nicolás Ramos y Martin García*, todos de la afamada ganadería de

ALMARÁZ.

El único espada será el renombrado diestro *Verdugo*.

Las divisas serán amarillas

La empresa recomienda al público una asistencia puntual.

La entrada gratis.

ADVERTENCIAS.

No habrá perros ni banderillas de fuego.

El espada *Verdugo* no matará á vola-pié, sino á vola-mano.

Tal fué el cartel que apareció en la cárcel de Cáceres. Aquello era una sangrienta burla que los criminales hacian de un infeliz reo que estaba en capilla y de la sentencia que á ellos mismos les condenaba á morir. El pensamiento de aquel cartel lo habia concebido Pedro Ciarám.

Antonio Maestre sufrió la pena á que estaba condenado, espirando en el patíbulo.

Pedro Ciarám y sus compañeros tuvieron mejor suerte. El abogado defensor de Ciarám pudo interponer un último recurso que dilataba por algunos dias el cumplimiento de la sentencia, y por estos dias se verificó en España la revolucion de Setiembre de 1868. El recurso del abogado y los trastornos públicos suspendieron por breve plazo la terrible ejecucion, y cuando la audiencia dictó su último fallo, que era la condenacion de los reos á pena capital, esta sentencia fué consultada al gobierno provisional que por entonces se constituyó. Y como era la primera sentencia de esta clase que á aquel gobierno se sometia, los gobernantes hicieron uso de una prerogativa régia indultando á los reos de la última pena y condenándolos á la inmediata de cadena perpétua

CONCLUSION.

Eduardo Ciarám, el hijo de Pedro, murió poco tiempo despues en presidio.

Pedro Ciarám no tardó en seguirle: la gracia que alcanzó del gobierno provisional, no le sirvió para otra cosa que para morir algunos meses despues, víctima de un atroz martirio. Cuéntase que en el presidio adonde fué destinado con sus compañeros de crímen, siempre que éstos podian burlar la vigilancia que sobre ellos ejercia, martirizaban á Ciarám, dándole terribles puñetazos en el pecho, en el estómago, en el vientre, en la cabeza, en todo su cuerpo, en fin, á la vez que le amenazaban con extrangularle si descubria á sus guardianes lo que diariamente hacian con él. Ciarám cobró miedo y horror á aquellos hombres, y no se atrevió á murmurar una queja. Él los habia inducido al crímen, y ellos se vengaban así de su desgracia.

Muy poco tiempo despues, víctima de tan inhumanos tratamientos, verdaderamente magullado y molido, Ciarám enfermó; echó por la boca enormes cantidades de sangre, y al cabo murió entre dolores agudísimos.

Castigo tremendo que sufrió en la tierra por su imponderable perversidad.

Roguemos á Dios por él, y ¡ojalá haya encontrado misericordia en el severo tribunal de la justicia eterna!

FIN.

HISTORIAS

QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5
Carlo-Magno y los doce Pares de Francia.	4
Roberto el Diablo.	4
El conde Partinoples.	4
Clamades y Clarmonda, ó el caballo de Madera.	4
Flores y Blanca-Flor.	4
Pierres y Magalona.	4
Aladino ó la Lámpara Maravillosa.	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	4
El Nuevo Robinson.	4
Napoleon I. emperador de los franceses.	4
El caudillo carlista D. Ramon Cabrera.	4
El general Espartero.	4
D. Martin Zurbano.	4
Doña Blanca de Navarra.	4
Orlando Furioso.	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza.	4
D. Diego Leon.	3
El conde de Montemolin.	3
Zumalacárregui.	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla.	3
Bernardo del Carpio.	3
Hernan Cortés ó la conquista de Méjico.	3
Los siete infantes de Lara.	3
D. Pedro de Portugal.	3
La doncella Teodora.	3
La heróica Judith	3
Noches lúgubres de Cadalso.	3
Matilde y Malek-Adhel.	3
Abelardo y Eloisa.	3
Ricardo é Isabela ó la Española-Inglesa.	3

	pliegos
El marqués de Villena ó la Redoma Encantada.	3
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca Encantada.	3
El conde de las Maravillas.	3
Santa Genoveva.	3
El Nuevo Navegador ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.	3
El Gran Capitan Gonzalo de Córdoba.	3
El Bastardo de Castilla ó el Castillo del Diablo.	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason.	3
La Hermosa de los cabellos de oro.	3
La Guirnalda milagrosa.	3
Los siete Sábios de Roma.	3
Guerra de la Independencia española.	3
Los Niños de Ecija.	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro blanco encantado.	3
El Príncipe Selim.	3
Las Dos Doncellas disfrazadas.	3
Antelmo Collet.	4
El Santo Rey David.	3
El Castor José.	2
El Juicio Universal.	2
San Alejo.	2
San Amaro.	2
Francisco Esteban el Guapo.	2
El Marqués de Mántua.	2
El Valeroso Sanson.	2
La Creacion del Mundo.	2
El Diluvio Universal.	2
San Albano.	2
Nuestra Señora de Monserrat, y penitencia de Fray Juan Garín.	2